Presidente Roosevelt al Papa Pío XII

WASHINGTON, 23 de diciembre de 1939.

SU SANTIDAD:

Dado que, en esta Navidad, el mundo está sumido en el dolor, es especialmente oportuno enviarle un mensaje de saludo y de fe.

El mundo se ha creado una civilización capaz de brindar a la humanidad seguridad y paz, firmemente arraigada en los cimientos de las enseñanzas religiosas. Sin embargo, aunque ha conquistado la tierra, el mar e incluso el aire, la civilización actual atraviesa guerras y tribulaciones.

Me reconforta recordar que, en una época similar, Isaías profetizó por primera vez el nacimiento de Cristo. Entonces, varios siglos antes de su venida, la condición del mundo no era diferente a la que vemos hoy. Entonces, como ahora, se había establecido una congración; y las naciones caminaban peligrosamente a la luz de las llamas que ellas mismas habían encendido.

Pero en ese mismo momento se previó un renacimiento espiritual: un nuevo día que liberaría a los cautivos y consumiría a los conquistadores en el fuego de su propia llama; y quienes habían tomado la espada perecerían a espada. Se prometió una nueva era en la que, mediante una fe renovada, el progreso ascendente de la raza humana se haría más seguro.

De nuevo, durante los siglos que llamamos la Edad Oscura, la llama y la espada de los bárbaros arrasaron la civilización occidental; y, de nuevo, mediante el reavivado de la chispa espiritual inherente a la humanidad, otro renacimiento restableció el orden, la cultura y la religión.

Creo que el sufrimiento de hoy es una nueva forma de estos viejos conflictos. Debido a que el ritmo de todas las cosas mundanas se ha acelerado tanto en estos tiempos modernos, podemos esperar que el período de oscuridad y destrucción sea mucho más corto que en los tiempos antiguos. En sus corazones, los hombres se niegan a aceptar, por mucho tiempo, la ley de destrucción impuesta por los que ejercen la fuerza bruta.

Siempre buscan, a veces en silencio, recuperar la fe sin la cual no se puede reconstruir el bienestar de las naciones ni la paz mundial.

Tengo el excepcional privilegio de leer las cartas y las convicciones de miles de personas humildes que viven en decenas de naciones diferentes.

Sus nombres son desconocidos para la historia, pero su trabajo diario y su valentía impulsan la vida del mundo. Sé que estas personas, y un número incontable de ellas en todos los países, buscan una luz que las guíe.

Recordamos que la Estrella de Navidad fue vista por primera vez por pastores en las colinas, mucho antes de que los líderes supieran de la Gran Luz que había llegado al mundo.

Creo que mientras los estadistas consideran un nuevo orden de cosas, este bien podría estar cerca.

Creo que incluso ahora se está construyendo, silenciosa pero inevitablemente, en los corazones de las masas cuyas voces no se escuchan, pero cuya fe común escribirá la historia definitiva de nuestro tiempo.

Saben que, sin creencia en un principio rector y confianza en un plan divino, las naciones carecen de luz y los pueblos perecen.

Saben que la civilización que nos legaron nuestros padres fue construida por hombres y mujeres que sabían en su corazón que todos eran hermanos porque eran hijos de Dios.

Creen que por su voluntad las enemistades pueden sanar; que en su misericordia los débiles pueden encontrar liberación, y los fuertes pueden encontrar gracia para ayudar a los débiles.

En el dolor y el terror de la hora, estas voces silenciosas, si logran ser escuchadas, aún podrían hablar de la reconstrucción del mundo.

Es bueno que el mundo piense en esto en Navidad.

Porque la gente de esta nación ha comprendido que el tiempo y la distancia ya no existen en el sentido antiguo, comprende que lo que daña a un segmento de la humanidad daña a todos los demás.

Saben que solo mediante la asociación amistosa entre los buscadores de la luz y los buscadores de la paz en todas partes se pueden vencer las fuerzas del mal.

En estos momentos, ningún líder espiritual ni civil puede impulsar un plan específico para terminar con la destrucción y reconstruir. Sin embargo, el momento para eso seguramente llegará.

Por lo tanto, creo que, aunque no se pueda profetizar ninguna acción ni fecha determinada, es bueno que fomentemos una asociación más estrecha entre quienes en todas partes del mundo —tanto en la religión como en el gobierno— comparten un propósito común.

Por lo tanto, le sugiero a Su Santidad que me daría gran satisfacción enviarle a mi representante personal para que nuestros esfuerzos paralelos por la paz y el alivio del sufrimiento se vean respaldados.

Cuando llegue el momento de restablecer la paz mundial sobre una base más sólida, es de suma importancia para la humanidad y la religión que los ideales comunes tengan una expresión unificada.

Además, cuando amanezca ese feliz día, nos enfrentaremos a grandes problemas de trascendencia práctica.

Millones de personas de todas las razas, nacionalidades y religiones podrán buscar una nueva vida emigrando a otras tierras o reconstruyendo sus antiguos hogares.

Aquí también, los ideales comunes exigen acciones paralelas.

Confío, por lo tanto, en que todas las iglesias del mundo que creen en un Dios común dedicarán toda su influencia a esta gran causa.

A usted, a quien tengo el privilegio de llamar buen amigo y viejo amigo, le envío mis respetuosos saludos en esta Navidad.

Cordialmente,

FRANKLIN D. ROOSEVELT